

# Un plantel de seráfica santidad en las afueras de Burgos



## San Esteban de los Olmos (1458-1836)



(Continuación)

### VIII.—LISTA DE HONOR

En este capítulo nos limitamos a presentar una serie de biografías, literalmente transcritas de sus originales. Van, en primer lugar, las diecisiete del P. Orive. Siguen otras cuatro, tomadas de la *Segunda Parte de la Crónica de Burgos* de Fr. José Sáenz de Arquiñigo. El último lugar entre todos ocupa la de Fr. Francisco de Covarrubias, que cronológicamente sería la primera, pero que hemos preferido relegarla al final para no destruir la armónica construcción del P. Orive. Esta sirve para poner de relieve uno de los aspectos más interesantes de la fecundidad sobrenatural de San Esteban de los Olmos, ya que Fr. Francisco de Covarrubias es el fundador del importante convento de San Julián de Agreda.

No hubiera sido difícil anotar la mayoría de las biografías, señalando otros lugares en que se habla de los mismos Siervos de Dios; pero sobre este punto hemos hablado suficientemente en las notas preliminares. Por lo demás, la relación de Orive recoge con fidelidad y reproduce sin ampliaciones retóricas los datos preexistentes; por lo cual prescindimos totalmente de los lugares paralelos del cronista posterior Sáenz de Arquiñigo, no recurriendo a él sino para las cuatro biografías que no constan en la relación de Orive. Sabemos que la lista es incompleta, aun para el siglo XVII. Nos hubiera gustado reproducir siquiera la biografía de Fr. Francisco de Orive; pero no hemos tenido la suerte

de hallar ni ésta, ni la de Fr. Francisco Simón, ni otras que, al parecer, fueron escritas.

1.—*P, Fr. Domingo Cavallero* (113).

Primeramente es digno de memoria—dice Fray Francisco de Orive—el V. P. Fr. Domingo Cavallero, el cual, según se dice, fué natural de la villa de Cenicero, en la Rioja y Obispado de Calahorra y la Calzada. Sirvió en su juventud al Rey de la tierra en la milicia y, llamado de Dios a mejor, más quieta y más segura vida, tomó el hábito de N. P. S. Francisco en este convento de San Esteban. Era hombre de gran corazón y de mucho valor; no se contentaba con medianías en los ejercicios de la religión, ni daba treguas en el camino de la virtud; siempre aspiraba a lo mejor, más seguro y más perfecto. Fué riguroso consigo mismo; y, muy ejercitado en continuas penitencias y tentaciones, venció al mundo, al demonio y así mismo.

Al mundo le venció volviéndole las espaldas, menospreciando sus vanidades, olvidando sus pretensiones y negándose a sus falsos deleites, retirado a la soledad de este convento.

Venció al demonio, peleando valerosamente y burlándose de sus sugestiones, tentaciones y ardidés, como se conocerá por el caso siguiente: Dió el demonio en perseguir a un novicio con fuertes tentaciones para que dejase el hábito; eran tan contiuiuas y molestas, que llegaban a ser sensibles y a hablarle sensiblemente (114). El novicio valíase del P. Fr. Domingo: referíale su trabajo, pedíale su consejo, instábale por el remedio; dábale algunos el siervo de Dios, pero no le aprovechaban, porque el demonio siempre proseguía, y cada día con más fiereza y porfía. El novicio, afligido, triste y desconsolado, iba y venía a dar cuenta de todo al dicho Padre Fr. Domingo, el cual le dijo: «Hijo mío, dile al demonio, cuando otra vez se te apareciere o tentare: «Bien se echa de ver, demonio, cuán poco puedes, pues vienes a tentar a un pobre y simplecillo novicio como yo; vete, vete al P. Fr. Domingo Cavallero, que él te dirá quién tu eres y lo poco que puedes». Cosa maravi-

---

(113) La redacción A trae esta indicación de fuentes o referencia; *Manuscripta Provinciae Burgensis: Waddingus, ad annum 1458, n. 27, in fundatione conventus Sancti Stefani de los Olmos*. La redacción B: *M. S. Prova. de Burgos: Waddingo, año 1458, n. 27*. La manera de citar de la redacción A «*Manuscripta*» indica que se trata de diferentes manuscritos, según hemos supuesto.

(114) La redacción A dice: «sensibles en lo interior, porque le hablaba sensiblemente».

llosa: que nunca más sintió el novicio la dicha tentación. El demonio, irritado contra el dicho P. Cavallero, dió en inquietarle un tiempo visiblemente en forma de ratón; y, por espacio de ocho días, todo el tiempo que el Siervo de Dios estaba en la celda, así de día como de noche, no cesaba el ratón de discurrir por el escritorio de una parte a otra; ya se le entraba por la capilla y salía por la manga, ya se entraba por la manga y salía por la capilla, y con el continuo bullicio e importuno desasosiego traía desvelado al Siervo de Dios; el cual, al principio, juzgó que en realidad era ratón; procuró tener cuidado de cerrar la puerta de la celda, reconoció si había en ella algún agujero o quiebra por donde pudiese entrar el ratón y, habiendo hecho esta diligencia muchas veces, no cesaba el asqueroso animalejo de su natural bullicio. Reparó el Siervo de Dios que éste era ardid del demonio, de que se quería valer para privarle de su quietud e impedirle sus santos ejercicios; y, viendo que proseguía, le dijo con burla y escarnio: «Oh tiñosillo, o tacañuelo, pensabas que no te conocía; ya conozco lo poco que puedes, ya entiendo tus ardidés y no haré caso de tus sugestiones». Dijo estas y otras semejantes palabras con tanto valor y espíritu, que el ratón desapareció y nunca más fué visto.

Llegó a este convento un hōmbre de buen porte con propósito de confesarse despacio, ajustar sus cuentas con Dios, aquietar su conciencia y mejorar de vida. Dió aviso el portero al Prelado, el cual mandó al P. Fr. Domingo Cavallero bajase a confesarle, para lo cual le guiaba hacia el capítulo, que está en el claustro bajo del convento, por ser éste lugar más retirado; y, habiendo llegado a la puerta del capítulo, quería entrar el penitente y no podía; instaba el confesor y no aprovechaba. Admirado del suceso, levantó el confesor los ojos a lo alto de la puerta y vió al demonio en figura de un horrible y espantoso negro sobre los hombros del dicho penitente y que, asido el demonio con las manos sobre lo alto de la puerta, estaba como forcejeando, para impedir y estorbarle la entrada. Viendo esto el confesor, abrazóse fuertemente con su penitente y le entró en el dicho capítulo, donde le oyó muy despacio y a su satisfacción; dióle saludables consejos y le envió muy consolado (115).

Venció su mismo cuerpo con asperísima penitencia, continuada por más de cuarenta años, y, siendo de natural brioso, le mortificó de modo que parecía en su trato un manso y sencillo cordero. En la oración fué fervoroso y regalado del cielo. Sucedióle algunas veces que, estando en

---

(115) Véase una versión un poco diferente de este suceso en el «Apéndice documental, II, Sumaria relación», hecha por Fr. Juan Bautista de Loyola.

la de comunidad y hecha señal, quedaba tan absorto en Dios, que, abstraído de los sentidos, no percibía ni oía la señal y era necesario advertirle una y dos veces para ir a la comunidad y seguirla en los ejercicios que se ofrecían.

Tuvo don de lágrimas y especialmente las derramaba con grande abundancia todas las veces que decía misa. Era devotísimo del misterio de la Santísima Trinidad y de la Purísima Concepción de la Virgen María, y en sus fiestas hacía extraordinarias demostraciones de alegría espiritual y particulares ejercicios de fervorísimo júbilo con palabras tan tiernas y devotas, que encendían y abrasaban en el fuego de amor de Dios a cuantos le veían y oían. Tuvo don de profecía, como se conoció en algunos sucesos que dijo antes que acaeciesen o se esperasen. En la villa de Mazuela, guardianía de este convento, estaba este Siervo de Dios, pidiendo una vendimia, en casa de Sebastián Moreno, que recibía a los religiosos. Un hermano del dicho Sebastián Moreno le afeaba mucho el que recogiese los frailes de San Francisco en su casa, sobre que tuvieron los dos algunos disgustos; y, hallando el P. Fr. Domingo Cavallero al dicho Sebastián Moreno muy triste un día por esto, le consoló, animó y persuadió continuase con su devoción y le dijo: «Ese tu hermano, que te aconseja lo contrario y es indevoto de la religión de mi Padre San Francisco, no vivirá año y día»; y así sucedió, que murió antes que se cumpliese el año.

En la dicha villa de Mazuela le sucedió al Siervo de Dios este caso: Iba el dicho Sebastián Moreno con un carro, que llevaba hasta cinco cargas de uva, y espantándose las mulas, cayó en tierra y le cogió una rueda del carro por medio del cuerpo y le dejó sin sentido y casi muerto. Lleváronle así a su casa y, hallándose allí el dicho P. Fr. Domingo Cavallero, con gran fe le hizo la señal de la Cruz por todo el cuerpo y se fué a la iglesia a hacer oración por el enfermo, a donde estuvo casi tres horas; y, cuando volvió a casa, le halló sano y bueno, atribuyendo todos los que vieron el suceso, a milagro que Dios había hecho por las oraciones del dicho Padre Fr. Domingo Cavallero.

Yendo este Siervo de Dios a cierta diligencia de parte del convento, al volver a casa le dió en el camino una enfermedad que le obligó a quedarse en Burgos. Fué a casa de D. Diego Riaño (bisabuelo del conde que hoy es de Villariego), síndico del convento de San Esteban; y conociendo que la enfermedad del dicho P. Fr. Domingo era grave y de cuidado, no le permitió volver a su convento, ni salir de su casa; asistióle con grande caridad, afecto y devoción; asistiéronle con medicinas muy a tiempo; pero sin efecto alguno de mejoría. Fué apretando la enfermedad; conoció el Siervo de Dios que ésta era la última, recibió

con gran devoción los Sacramentos, y, poco antes que muriese, tomó en sus manos una imagen de N. P. San Francisco y le dijo palabras tan tiernas y fervorosas, derramando tanta abundancia de lágrimas, que enternecían a todos los circunstantes; y en suma paz y quietud entregó su espíritu al Señor a los setenta años de su edad y del Señor año de 1608.

En su muerte se oyó música celestial, que percibieron todos los de casa; y, admirados, alababan a Dios que así honra en vida y muerte a sus siervos. Trajeron su cuerpo a este convento, donde había vivido y sido Guardián, donde está enterrado y con veneración de Santo.

2.—P. Fr. Juan del Oyo (116).

El P. Fr. Juan del Oyo, sacerdote y predicador, vivió toda su vida, después que tomó el hábito, en la Recolectión, en la cual fué dos veces Guardián, una en este convento por los años de 1606. [Fué] religioso de muy exacta observancia de su Regla, especial amador de la pobreza, la cual celaba con grande espíritu, y [celosísimo] en todo lo que tocaba al culto divino, mayor servicio de Dios y bien espiritual de las almas, a que se aplicaba con gran caridad y fervor, solía advertir y reprender con singular eficacia los vicios y cualquiera cosa que le pareciera ofensa del Señor. Entre los seglares era notable la circunspección con que obraba y el buen ejemplo que daba, siendo en todas sus acciones de grande edificación para el pueblo, por lo cual de todos era venerado por santo. Era enemiguísimo de la ociosidad, de manera que, cuando no tenía ocupación precisa, pedía los hábitos viejos de los religiosos para remendarlos y lo mismo hacía con los huéspedes necesitados.

Fué de tan singular silencio, que le acontecía pasarse los dos meses enteros sin hablar palabra con alguno. Con el grande celo que tenía, solía celar las cosas del servicio de Dios y de la religión con grande energía, por lo cual se le ofrecieron algunas persecuciones y desprecios, los cuales sufrió con grande humildad y mucha paciencia y era para él de regalo y de mucho gusto, a fin de salir con su intento, que era evitar defectos y desear que Dios en todo y de todos fuera siempre servido.

En la oración fué muy señalado; siempre andaba en la presencia de Dios; y, ocupado en este santo ejercicio, a todos les servía de ejemplo, en que pasó con tanta igualdad el curso de su vida, que con perseverancia y tesón fué mejorando y perfeccionándose hasta el día de su

muerte. Conoció que llegaba ya su término algunos días antes, despedíase de algunos amigos y devotos, y sucedió que, mandándole el Presidente del Convento que se previniese para predicar en el convento de las monjas de Vivar el día de la Purísima Concepción de Nuestra Señora, respondió que para ese día ya estaría en el cielo; y así fué, que ese mismo día murió. Estando cerca de la muerte, pidió que le dejaran solo con una cruz que tenía en sus manos, y dentro de breve tiempo salió diciendo a voces: «Victoria, Victoria». Y preguntándole el enfermero que qué había sucedido, respondió: «Hemos salido bien de la cuenta». Hasta que murió no cesó en su enfermedad de repetir devotísimos salmos y dulcísimos himnos. quien le confesó generalmente, dijo que no había pecado mortalmente en toda su vida.

Muchas personas principales se hallaron a su muerte y le pidieron con instancia les echase su bendición, las cuales llevaron algunas de sus pobres alhajas, estimándolas como preciosas reliquias. Enfermó en este convento de San Esteban de los Olmos, y le llevaron al de N. P. San Francisco de Burgos para curarle, donde murió a ocho de diciembre año de mil seiscientos y trece. Está enterrado en el dicho convento de Burgos, junto a la Capilla de la Concepción.

3.—*Fr. Bartolomé Martínez* (117):

Fr. Bartolomé Martínez, religioso lego, fué natural del lugar de Sarracín, otros dicen del lugar de Renuncio, junto a Burgos. Sirvió en este convento los oficios propios de su estado por espacio de más de cuarenta años, con gran consuelo, satisfacción y edificación de todos los religiosos. Era muy bien entendido, de grande prudencia y madurez; en el oficio de enfermero, a que asistió algunos años, ejerció la humildad, caridad y compasión, consolando los enfermos y sirviéndolos como madre piadosa. Siendo portero y refitolero, dió muestras de fervorosa caridad, especialmente con los pobres, a los cuales miraba y amaba como a hijos los sonreía con gracia, afabilidad y liberalidad; y, en llegando a entender que alguno faltaba por estar enfermo, le enviaba a casa la comida.

Tuvo este Siervo de Dios íntima amistad con el Padre Fr. Juan de Urrutia, sacerdote y morador de este convento. Eran compañeros en sus santos ejercicios y, habiendo hecho entre sí concierto que el que primero muriera, siendo voluntad de Dios, le había de manifestar al

---

(117) Las dos redacciones traen las referencias ya conocidas e indicadas en la nota anterior.

otro el estado que tenía en la otra vida, murió primero Fr. Bartolomé y, tres días después de su muerte (otros dicen que tres horas), se le apareció al dicho Fr. Joan de Urrutia en el claustro [bajo, muy resplandeciente y hermoso, y le dijo: «Yo soy Fr. Bartolomé, a quien Dios, por su infinita misericordia y por la caridad que ejercité con sus pobres, se dignó de perdonar mis pecados y voy a gozar de su divina presencia en la gloria». Lo cual dicho, desapareció. Murió en este convento año de mil seiscientos y diez y ocho, y hace mención de este Siervo de Dios el P. Waddingo en sus *Annales*, tom. 6, año de 1458, tratando de la fundación de este convento de San Esteban, núm. 27 in fine.

4.—P. Fr. Blas de Fresno (118).

El P. Fr. Blas de Fresno, natural de la villa de Belorado, en el Arzobispo de Burgos, profesó en este convento año de mil quinientos y noventa y cuatro, a veintisiete de marzo. Fué Guardián del dicho convento y le gobernó con gran ejemplo, prudencia y mansedumbre. Era dotado de un natural cándido y sencillo, sin que nunca imaginase mal de ningún prójimo. Aunque padeció mucho tiempo vivos dolores del mal de gota, nunca le vieron alterado o impaciente, antes bien mostraba tanta alegría en su rostro y dulzura en sus palabras, que consolaba a cuantos le trataban. Conoció el día de su muerte y se lo dijo a su Prelado algunos días antes que sucediese, con estas palabras: «El día Miércoles de Ceniza volverá a la tierra lo que salió de ella». Llegó este día; y, parecióle al Prelado que no moría en él, porque la enfermedad que padecía (era flujo de sangre) había cesado y le había dejado muy quieto, le dijo: «Ya ha llegado el Miércoles de ceniza y no se ha cumplido lo que me dijo». Respondió el enfermo: «Ya llegó, pero no se ha pasado; que hoy he de morir». Antes de morir, quiso Dios darle a gustar algo de la gloria que había de gozar en el cielo y que redundase también en los religiosos que le asistían; los cuales vieron y notaron en él un júbilo tan extraordinario, que causaba en sus almas tal gozo, que, no pudiendo reprimirle en sus corazones, unos prorrumpían en alabanzas divinas, otros en devotas lágrimas; unos decían: «Aquí está la gloria»; otros cantaban en voz alta *Te Deum laudamus*; y todos, recreados en espíritu y admirados de ver tan admirables sucesos, notaron así mismo que el enfermo tenía sus ojos resplandecientes como dos soles y, mirando al

---

(118) En las dos redacciones sólo aparece esta referencia marginal: M. S. Prova. Burgos. Waddingo sólo menciona a los tres anteriores.

cielo, volvía la cabeza y los ojos, ya a esta parte, ya a la otra, como que veía algunas personas que iban en procesión; y, aunque los religiosos le ponían algunas veces la manos delante del rostro, el enfermo la apartaba luego para mirar lo que Dios le mostraba; y con suma paz entregó su espíritu en manos de su Creador, Miércoles de Ceniza, a diez y siete de febrero, año de 1616.

El día siguiente fuè a Burgos Fr. José García, religioso lego y morador de este convento, y visitó a la M. Joana Rodríguez (que después fuè monja y murió en el convento de Santa Clara de Burgos con mucha opinión de santidad). Luego que la sierva de Dios vió al religioso, sin que ninguno le hubiera dicho la muerte del Padre Fr. Blas, dijo al dicho Fr. José: «Buen santo se tienen en el cielo, que derecho se a ido a la gloria».

5.—*P. Pr. Bernardino de Agüero* (119)

Digno es de memoria el M. R. P. Fr. Bernardino de Agüero, natural de la villa de Briviesca, en el Arzobispado de Burgos. Vivió en este convento de San Esteban cuarenta años, ajustado siempre al Instituto de Recolección, siguiendo con todo rigor la vida común y escuela de las comunidades de día y de noche, abstraído de criaturas y retirado del mundo, a quien todos miraban y tenían por maestro. Fuè Guardián en esta casa y en su gobierno más persuadía con su ejemplo que con la autoridad de Prelado. Fuè gran celador de la santa pobreza, excusando en sí y en sus súbditos cualquier exceso, sin negar lo necesario.

Por sus muchas prendas, letras y virtud fuè electo en Provincial de esta Provincia, año de 1614, en San Francisco de Burgos; y, aunque anciano, visitó la mayor parte de la Provincia a pie, usando de un jumentillo, que le servía más para acomodar los papeles del oficio que para alivio del camino. Visitando la provincia llegó al convento de Pamplona, donde le dió el mal de la muerte, que fuè una maligna calentura con punta de costado encubierto. Los médicos que le visitaban concieron en él un apóstol, así en las palabras que le oían y en la paciencia que tenía como en la compostura tan religiosa con que estaba en la cama con su hábito y capilla, sin permitir otro alivio (120). Era tanto el crédito, veneración y respeto con que los médicos le miraban, que cuando habían de ir a visitarle, decían: «Vamos a visitar al santo viejo

---

(119) Continúa al margen la misma referencia indicada en la nota anterior.

(120) La redacción A añade: «tolerando su enfermedad con singular paciencia y resignación».

Provincial». Y, sin haber sido conocido jamás en dicha ciudad, se publicó por ella que el Provincial de San Francisco que se estaba muriendo era un santo. El M. Rdo. P. Fr. Sebastián de Marcilla, Provincial que fué de esta Provincia y entonces era Lector de Teología en el dicho convento de Pamplona y le asistió y confesó muchas veces y para morir, afirmó con verdad y con juramento no haber hallado en él materia de pecado mortal en confesión general, discurrida por espacio de cuarenta años, y que en el tiempo del Provincialato no pecó de malicia ni aun venialmente.

Todos los días que estuvo enfermo rezó el Oficio divino con su confesor, y el mismo día de su muerte, cinco horas antes de morir, de la misma manera rezó y fué de esta suerte: Aquel día, que fué dos o tres antes de Navidad, año de 1616, fué el dicho confesor a un convento de otra Religión en conclusiones, y, por acabarse tarde, volvió a casa al anochecer, y ya estaba el compañero del Provincial enfermo, esperando en la portería al confesor, y le dijo: «Nuestro Padre está apellidando mucho ha por S. R. y aguardándole para rezar». Llegó a la cama del enfermo y dijo al confesor: «¿Cómo ha tardado tanto, padre? ¿Qué sabe si habrá después tiempo para rezar? Sintiera mucho faltar a esta obligación ya por el poco tiempo que me falta, pues no me acuerdo jamás haber dejado el Oficio Divino de rezar, ni aun estando enfermo». Al fin rezaron y acabaron a más de las siete de la noche. Trataba el Padre Guardián del convento de darle la Extrema Unción por parecerles a todos se moría. Dijo el santo viejo: «Váyanse todos a dormir, que han de ir a maitines, que yo avisaré cuando sea tiempo. No se queden aquí más de los religiosos que me hubieren de velar». Cuando dió el reloj las once de la noche, preguntó a los que velaban: «¿Qué hora es?» Respondieron: «Padre las once». Y entonces dijo: «Avisen al P. Guardián y a la comunidad, y denme la Santa Unción, que ya ha llegado la hora?. Avisaron a la comunidad, la cual se juntó a toda prisa y le dieron la Santa Unción; y, en acabando de recibirla, dió su alma al Creador, quedando tan buen olor en la celda, que la noche siguiente durmió en ella sin escrúpulo alguno, antes bien con consuelo, el P. Guardián del convento. Fué tan grande el concurso de caballeros y demás gente que acudieron a su entierro, juntamente con el Cabildo de la Santa Iglesia Catedral y de todas las demás Religiones, que parecía se ahogaban unos a otros en la iglesia, teniéndose por dichoso el que podía cortar alguna parte del hábito, en que hicieron tan buena diligencia que casi le dejaron desnudo, estimando estas pobres alhajas como si fueran reliquias preciosas. Murió año de 1616, a 23 de diciembre.

6.—*P. Fr. Juan de Monzábal* (121).

En este mismo convento llevó el Señor para sí al P. Fr. Juan de Monzábal, sacerdote, confesor y maestro de novicios, oficio que ejercitó en este convento muchos años con grande aprobación de los Prelados y demás religiosos. Fué varón de alta oración y contemplación, su trato afable, su condición mansa, suave y apacible y su vida tan inculpable, que parecía no había pecado Adán en él. Cuán agradable fué a los ojos de Dios su inocente vida, se manifestó tres años después de su muerte, pues, habiéndole enterrado en un nicho y cubierto de cal, abriendo después de tres años este nicho, con los de otros religiosos, para trasladar sus huesos del entierro antiguo al cuerpo de la iglesia, hallaron el cuerpo del dicho P. Fr. Juan de Monzábal entero, que no le faltaba sino el pico de la nariz, sin corrupción alguna, antes con muy buen olor, como se dirá adelante tratando de la traslación de los huesos de religiosos difuntos y enterrados en este convento. Murió dicho P. Fr. Juan de Monzábal año de 1624.

7.—*P. Fr. Juan González* (122).

El P. Fr. Juan González, natural de la villa de Oña, en el Arzobispado de Burgos, fué varón de gran tesón en la observancia de su Regla, amigo de soledad y retiro, tanto que todos le miraban y tenían por un anacoreta. Primorosamente se señaló en el culto divino, sirviendo el oficio de sacristán, así en este convento como en el de San Julián de Agreda, más de cuarenta años. Trataba las alhajas de la sacristía con tanta limpieza, aseo y curiosidad, que mirando por la pobreza, atendía al mayor aliño y ornato de su iglesia. Para hacer las hostias usaba de roquete con mangas cerradas, y los bancos o mesa, en que ponía los panes de las hostias, los vestía con paños muy limpios para que no se les pegase la más mínima mota. Las hostias nunca las fiaba de interpu-

---

(121) En ambas redacciones sigue la anotación mencionada. La redacción A emplea constantemente la transcripción «Mozábal».

(122) La redacción A trae esta referencia marginal que falta en la B: *Extestibus fide dignis*. Hay además, una nota añadida de mano del P. Juan Ruiz de Larrinaga que dice; «En el Libro I de Novicios y Profesos del Convento de San Julián de Agreda, folio 1 vuelto, consta el acta de su profesión hecha allí el 18 de diciembre de 1588 en manos del R. P. Fray Bernardino de Agüero, quien firmó esa y otras actas en dicho folio y en el siguiente, como puede verse en dicho Libro 1 de Novicios y Profesos que obra en el «Archivum F<sup>anciscana-</sup>rum». Libro 40 de nuestro convento actual de Nájera».

ta persona; por sí mismo las cercenaba y bajaba a la sacristía cada mañana y solamente las precisas para aquel día, según el número de sacerdotes que celebraban; y, si alguna sobraba, se la volvía a la celda en su caja, por evitar la indecencia de que otros las manosearan o los ratones la comieran, y asimismo por excusar el peligro de que los ratones, con ocasión de comer las hostias, hicieran daño también en las demás alhajas y ornamentos de la sacristía; y para sacar las hostias con perfección, usaba de ciertas oraciones devotas, que duraban tanto tiempo cuanto hallaba ser necesario para que salieran cocidas y no quemadas.

Así mismo fué este Siervo de Dios muy inclinado y ejercitado en la oración mental y trato inferior con Dios; no se contentaba con la de comunidad, sino que después de maitines se quedaba con los del noviciado. Era el primero que entraba y el último que salía del coro, y en las fiestas principales, después de prima hasta acabar las horas de sexta y nona, no salía del coro sino para decir misa, y, acabada, se volvía luego a su retiro y recogimiento. Su retiro fué tan singular, que, como dicho es, le llamaban el anacoreta. Nunca salía de casa, raras veces a la huerta, y, cuando salía, era, o para recoger leña perdida en el bosque y traer a la cocina, o por cosas de su oficio, o para barrer las carreras, con escobas que hacía de ramas de los avellanos. En tiempo de invierno tomaba por ejercicio, después de comer, ir a partir leña para la cocina, con que expelía el frío y servía de alivio al cocinero; finalmente, nunca estaba ocioso. En el silencio fué raro, y, cuando era forzoso hablar, era con mucha dificultad y tardo; y así mismo casi se le había olvidado el escribir por el no uso, de modo que, cuando los Superiores habían de venir a visitar el convento, se prevenía ejercitándose algunos días antes para habilitarse y saber echar su firma en la visita. Por no salir nunca de casa, a instancias de sus deudos y parientes, le concedieron los Superiores una vez licencia para ir a la villa de Oña, su patria; excusóse con humildad, pero obligándole el Prelado a cumplir la licencia, partió para su tierra, y, en llegando a ver el lugar, sin entrar en él, se volvió al convento, diciendo había ya cumplido la licencia.

Era consigo mismo severo, trataba su cuerpo como a enemigo capital y le había reducido con la abstinencia, ayunos y disciplinas a tal estado, que parecía un esqueleto; sólo le había quedado la piel para cubrir sus huesos. Su pobreza fué tal que no se le conoció alhaja ninguna, sino precisamente el pobre vestuario que permite la Regla, continuando este modo de vida hasta la hora de su muerte, en que fué grandísimamente tentado del demonio, el cual, viendo que se le acababa el tiempo, le dió más terrible y fiera batida. Conocióse esta interior gue-

rra, porque en aquella hora repetía el enfermo con gran valor y mucha fuerza: «Apártenme de aquí, apártenme de aquí»; y, ayudado en este combate de las oraciones de la comunidad que le asistía, se quedó muy quieto y sosegado. Hacía grandes instancias porque le dejasen salir de la cama y echarse en tierra por morir en el suelo, a imitación de N. P. San Francisco y como verdadero hijo suyo; pero no dió lugar el Prelado para que cumpliese ese deseo. Fué su tránsito muy dichoso; y la Venerable M. Joana Rodríguez, religiosa en el convento de Santa Clara, de Burgos, dijo al P. Fr. Juan de Jesús y Torrecilla, su confesor, le había visto subir al cielo el mismo día que murió, y fué año de 1627, a los 70 años de edad.

FR. IGNACIO OMAECHEVARRIA, O. F. M.

(Continuará).